

LA IDENTIDAD EN EL MERCOSUR: REGIONALISMO Y NACIONALISMO¹

SERGIO CABALLERO SANTOS

I. INTRODUCCIÓN

LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD COLECTIVA puede ser facilitada o constreñida por las estructuras, pero en ningún caso está fijada de forma exógena ni es inmutable.² Partiendo desde una visión socio-constructivista de las relaciones internacionales, las estructuras, compuestas por elementos tanto ideacionales como materiales, pueden ser reproducidas, o parcialmente transformadas, dependiendo de los agentes y de los contextos. En lo concerniente a los proyectos de integración regional, la formación de la identidad colectiva entre los Estados está principalmente basada en una “creciente interdependencia. Ésta puede adoptar al menos dos formas. Una es el incremento de la “densidad dinámica” de las interacciones debido a, por ejemplo, los flujos comerciales y de capital. Una segunda forma es la emergencia de un “otro común”, sea personificado en un agresor externo o sea una amenaza más abstracta como “una guerra nuclear o un colapso ecológico”.³

En el caso sudamericano, ambos fenómenos han tenido lugar. Por un lado, desde las independencias latinoamericanas del siglo XIX, los Estados sudamericanos se construyeron por contraposición con el “otro norteamericano”, por la amenaza de ser dominados por el

¹ Agradezco a los dictaminadores por sus valiosos comentarios y sugerencias. Los errores o carencias siguen siendo de exclusiva responsabilidad del autor.

² Alexander Wendt, “Collective Identity Formation and the International State”, *American Political Science Review*, vol. 88, núm. 2, junio de 1994, pp. 384-396.

³ *Ibid.*, p. 390. Ésta y las siguientes traducciones son mías.

hegemon estadounidense.⁴ Este miedo motivó, en parte, el hecho de que la idea de unidad y de integración regional fueran entendidas como un mecanismo defensivo y de protección ante un “otro” amenazante. No cabe duda de que otras lógicas también operan a la hora de apostar por un proceso de integración regional, desde la creación de una comunidad de seguridad⁵ hasta estimular el comercio y el desarrollo, entre otras. Sin embargo, en este punto lo que nos interesa reafirmar es la importancia de la visión de unidad por contraposición a la amenaza concreta o difusa que emana de ese “otro”, sea quien sea dependiendo del contexto histórico.

Y, por otro lado, el segundo elemento antes citado, la creciente densidad de las interacciones entre los distintos países sudamericanos ha sido palpable, especialmente con posterioridad al surgimiento del Mercosur⁶ en 1991, el cual generó altos flujos de interdependencia económica regional, que sólo se vieron reducidos a raíz de la severa crisis regional acaecida entre 1999 y 2002. El énfasis en la agenda comercial a lo largo de los años noventa, influido por el Consenso de Washington,⁷ determinó este auge en la interdependencia económica. No obstante, una precisión importante para el caso del Mercosur es que hay que destacar que asistimos a un mayor

⁴ Andrés Rivarola Puntigliano, “‘Geopolitics of Integration’ and the Imagination of South America”, *Geopolitics*, vol. 16, núm. 4, 2011, pp. 846-864.

⁵ En el ámbito de las comunidades de seguridad, es referencia obligada la visión de Deutsch, quien afirma que “en las primeras etapas del proceso integrativo se desarrolla también, con frecuencia, una comunidad psicológica de no beligerancia. La guerra entre los socios en perspectiva llega a ser considerada como ilegítima; los preparativos serios para ella ya no gozan del apoyo popular”. Karl Deutsch, *Análisis de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Paidós, 1974 [1968], p. 232.

⁶ Proyecto de integración regional que se lanza formalmente con el Tratado de Asunción de 1991 y que integraba originariamente a Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Para información jurídico-institucional, consúltese <http://www.mercosur.int/>

⁷ Bajo la etiqueta del Consenso de Washington se recogen los postulados liberalizadores que caracterizan el neoliberalismo de los años noventa, caracterizadas por desregulaciones y privatizaciones. Sin embargo, para más detalle, véase John Williamson, “What Washington Means by Policy Reform”, *Peterson Institute for International Economics*, 1990, en <http://www.iie.com/publications/papers/paper.cfm?ResearchID=486>

grado de “regionalismo” que de “regionalización”. Al establecer matices entre estos dos términos, hacemos referencia a la distinción entre “regionalismo” entendido como el proyecto político tendente a fomentar la integración, esto es, se sustenta en la voluntad política de las partes; y el concepto de “regionalización”, definido como el proceso informal de interacción regional (económica, social, cultural, etc.) que tiene lugar más allá de las fronteras estrictamente nacionales. Una vez aclarada esta distinción, afirmamos que aquél es más fuerte y determinante que éste para el caso del Mercosur.⁸ Estas precisiones conceptuales son relevantes en la medida en que debemos saber de forma concreta a qué estamos haciendo mención en cada caso. Por ello, aprovechamos también para aclarar que cuando hablamos de integración regional, usamos una definición que goza de gran consenso en la academia y que lo concibe como

un proceso histórico de crecientes niveles de interacción entre unidades políticas (subnacionales, nacionales y transnacionales), llevado a cabo por actores que comparten ideas comunes, fijan objetivos y diseñan métodos para alcanzarlos y, con ello, contribuyen a construir una región. Hay tres corolarios para esta definición: 1) el proceso puede englobar a una gran diversidad de actores (públicos y privados), diversidad de niveles (desde abajo y desde arriba) y diversidad de agendas; 2) puede derivarse de una deliberada estrategia o surgir como una consecuencia inesperada de la interacción social; y 3) puede conllevar la creación de instituciones (*institution building*).⁹

Una vez hechas estas aclaraciones conceptuales, afirmamos que los impulsos políticos hacia la integración, provenientes de discursos presidenciales en cumbres regionales¹⁰ y reflejo de un

⁸ A modo de contraste, podemos afirmar que en el caso del NAFTA-TLCAN, la voluntad política de integrarse (regionalismo) ha sido débil, mientras que la interacción y la integración informal a través de las fronteras (regionalización) ha sido evidente, incluyendo desde flujos económicos y migración hasta turismo y tráfico de drogas.

⁹ Olivier Dabène, *The Politics of Regional Integration in Latin America: Theoretical and Comparative Explorations*, Londres, Palgrave Macmillan, 2009, p. 34.

¹⁰ Es una crítica recurrente al regionalismo latinoamericano la brecha existente entre la retórica integracionista de los discursos presidenciales y la práctica

modelo de integración *top-down* es más potente y evidente en el Mercosur que el proceso de una verdadera integración regional *de facto* entre las sociedades mercosureñas y, por tanto, basadas en un modelo *bottom-up*, lo cual ha sido bastante limitado en el discurrir del proceso del Mercosur. De hecho, la dinámica *bottom-up*, es decir, deudora de una demanda por parte de la sociedad para fomentar un proyecto regional ha sido escasa y limitada a unos pocos grupos sociales, entre ellos un nutrido grupo de académicos. Por el contrario, lo característico ha sido un modelo *top-down*, que emana desde las élites en virtud del cual diversos presidentes “ofertan” la integración como una suerte de producto político deseable para la sociedad.¹¹

El objetivo de este artículo es abordar las tensiones entre las ideas que apoyan la integración regional en el Mercosur, y los enfoques y visiones nacionalistas que enfatizan las diferencias entre los distintos países sudamericanos. Así, nuestra cuestión principal sería preguntarnos si podemos plantearnos el proyecto regional como algo plausible y sustentado sobre la construcción de una identidad colectiva, o si, por el contrario, la unidad de análisis y el contenedor de las lealtades y el objetivo a satisfacer es el plano nacional y, por tanto, el proyecto regional queda como algo secundario, sea como ámbito defensivo frente al “otro” extra-regional, sea para ampliar el mercado y estimular el comercio intra-regional.

En cierto modo, lo que nos planteamos no es estrictamente novedoso. Ya algunos autores se han cuestionado sobre si es posible “hablar de un destino común en el que subyace una identidad colectiva o si Latinoamérica [o el Mercosur] es sólo la mera suma de

de implementación de verdaderas medidas integradoras. (Véase Sergio Caballero Santos, “El proceso de integración regional del Mercosur: ¿qué papel juegan los factores ideacionales?”, *Editorial Académica Española*, abril de 2012.) Dado que no hay espacio aquí para ahondar en si es tan acentuada o no dicha brecha, sí daremos por sobreentendida aquí la existencia de dichos discursos presidenciales pro-integracionistas y haremos referencia a algunos más adelante.

¹¹ Respecto a una interesante visión de la integración regional en términos de oferta y demanda, véase Walter Mattli, *The Logic of Regional Integration: Europe and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

sus diversas comunidades e identidades nacionales”.¹² Lo que pretende aportar este trabajo es un mayor encuadre teórico, tomando nociones del constructivismo, para avizorar respuestas que incluyan un elemento tan difuso y escurridizo como es la identidad.

Para ello, primero hemos aclarado la terminología y hemos situado espacialmente la paradoja que abordamos. En el siguiente epígrafe pasamos a situarla brevemente en el contexto histórico para, a continuación, fijarnos en el desempeño del Mercosur en la última década, destacando tanto la formación de la identidad colectiva del Mercosur como las perspectivas adoptadas desde cada uno de los Estados miembros. En un epígrafe posterior se examina el papel de las ideas y de la identidad en aras de analizar cómo configura y constriñe la toma de decisiones, al igual que para estudiar cómo dicho papel condiciona la identidad regional. Finalmente se presentan algunas conclusiones tentativas extraídas de estas reflexiones sobre la incidencia de la identidad colectiva en la integración regional.

II. REGIONALISMO Y NACIONALISMO PRESENTES EN LA HISTORIA LATINOAMERICANA

Desde una perspectiva histórica, la convergencia entre los dos elementos inicialmente mencionados –la creciente interacción regional y la existencia de un “otro común”– nos habilita para hablar de una determinada y particular identidad colectiva sudamericana, construida hacia dentro de la región y por oposición al “otro” externo y amenazante para la región. “Sin embargo, la imagen ideal de la ‘*patria grande*’, sea ésta Latinoamérica, Sudamérica o Centroamérica, ha tenido siempre una difícil relación con el fuerte nacionalismo que surge durante el proceso de construcción nacional posterior a las independencias y hoy está todavía presente en la

¹² Marcelo de Almeida Medeiros y María Isabel Meunier Ferraz, “The Cognitive Dimension of Regional Integration in Latin America: What Does Neo-Bolivarianism Mean?”, documento presentado en IPSA International Congress, São Paulo, febrero de 2011, p. 9.

identidad y la cultura política a lo largo de toda la región”.¹³ Tal y como José Antonio Sanahuja afirma, “Latinoamérica enfrenta un permanente ‘trilema’ que implica tres objetivos contradictorios: primero, la defensa del Estado-nación y la soberanía nacional; segundo, las tradicionales ambiciones por el unionismo y la integración regional; y tercero, la búsqueda de mayor autonomía en el plano internacional”.¹⁴

Como ya hemos esbozado, por una parte, todos los países latinoamericanos comparten una historia común de conquista ibérica, de emancipaciones en el siglo XIX imbuídos de ideas y lógicas continentales y unitarias. Asimismo, la mayoría de estos países tuvieron la desgracia de padecer regímenes militares a lo largo de extensos periodos del siglo XX y también asistieron a la gestación de procesos de recuperación y consolidación democrática en las últimas tres décadas. Así pues, a pesar de tener singularidades específicas, como es lógico, sí presentan una historia compartida, un cierto lugar común en el mundo y en la historia en la medida en que sus sociedades han afrontado eventos particulares y procesos de larga duración¹⁵ que guardaban muchas similitudes entre sí.

Por otro lado, las susodichas independencias de principios del XIX se sustentaron de forma decidida en una fuerte construcción nacional y en el culto a los símbolos patrios (bandera, himnos, próceres...), lo cual acentuó las diferencias y peculiaridades que ostentaba cada uno de los nuevos Estados que se creaban. De este modo, la reafirmación nacional fue promovida en detrimento de proyectos de unidad y de confianza recíproca entre los vecinos. Estas características se perciben especialmente en lugares de frontera donde cultural e identitariamente se trata de sociedades culturalmente similares; sin embargo, los símbolos patrios (piénsese como sencillo ejemplo en el fútbol y las selecciones nacionales) prueban cómo las lealtades personales se depositan más próximas y fieles

¹³ José Antonio Sanahuja, “Post-Liberal Regionalism in South America: The Case of Unasur”, *European University Institute Working Paper*, Florence, febrero de 2012, p. 1.

¹⁴ *Loc. cit.*

¹⁵ Entendiendo la larga duración en el sentido que plantea Braudel. Véase Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1982 [1968].

al Estado-nación en cuestión, que a la subregión fronteriza donde se vive la vida cotidiana.

Y ya más recientemente, se presentaron diferentes modelos de inserción internacional y de desarrollo nacional, que, en un gran número de casos, eran antagónicos o se contraponían a los de los países vecinos. Prueba de estos proyectos nacionales antagónicos pudieran ser la carrera armamentística en el Cono Sur de finales del XIX y principios del XX, que sólo se superó con el Plan ABC, firmado en 1915 entre Argentina, Brasil y Chile. Y como ejemplo de modelos económicos excluyentes podemos mencionar las políticas proteccionistas frente a las que la CEPAL, presidida por Raúl Prebisch, intentó superar a través del regionalismo clásico de los años cincuenta, basado en la industrialización por sustitución de importaciones y en la ampliación de los mercados nacionales a uno regional que favoreciera las economías de escala. En esa misma lógica regional se firmó en 1960 en Montevideo la ALALC, que acabó perdiendo ímpetu hasta su refundación veinte años después bajo la forma de la ALADI.¹⁶ Y por el camino encontramos diversos proyectos institucionalmente muy elaborados aunque con escaso éxito, como el Pacto Andino de 1969, al mismo tiempo que mecanismos de consulta y concertación política, como el Grupo de Río con un papel protagónico en los años ochenta.¹⁷

¹⁶ La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio se creó en 1960 entre once países latinoamericanos con la aspiración de conformar una zona de libre comercio. Sin embargo, el hecho de que fuera más funcional a las economías grandes (México, Brasil y Argentina) motivó, en parte, el surgimiento del Pacto Andino en 1969 (Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Chile, que se salió en 1976, mientras que en 1973 ingresó por su parte Venezuela) y, finalmente, su reformulación en Montevideo en 1980 en la ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración), que actúa como paraguas jurídico-institucional del conjunto de acuerdos de integración en la región.

¹⁷ El Grupo de Río, constituido en 1986 por la convergencia del Grupo de Contadora (Colombia, México, Panamá y Venezuela) y el Grupo de Apoyo (Argentina, Brasil, Perú y Uruguay), tuvo una labor destacada en la finalización de los conflictos bélicos en la subregión centroamericana en los años ochenta. En cierta manera, se erigió en un foro latinoamericano de concertación política hasta convertirse en 2010 en el embrión de la actual Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

Una vez mencionado lo anterior, no se trata de hacer aquí un repaso exhaustivo de los proyectos regionales latinoamericanos a lo largo de toda la historia, sino que simplemente se pretende situar el contexto integracionista especialmente prolífico en la segunda mitad del siglo xx. Pero, en cualquier caso y para resumir, ambas lógicas –nacionalismo y regionalismo– han sobrevivido a lo largo de la historia de América Latina y, en cierta manera, ambas ideas pertenecen ya al imaginario social latinoamericano. De acuerdo con Charles Taylor, entendemos por imaginario social “concretamente a la forma en que las personas corrientes ‘imaginan’ su entorno social, algo que la mayoría de las veces no se expresa en términos teóricos, sino que se manifiesta por medio de imágenes, historias y leyendas”.¹⁸ Es decir, incluso aunque no sean explicitadas, ambas ideas forman parte de la manera de entender lo latinoamericano. Por tanto, a pesar de que haya tensiones y luchas entre quienes sostienen una u otra visión, podemos afirmar que ambas forman parte del mapa de relaciones y de la estructura¹⁹ que constituye América Latina, y, consecuentemente, que ambas influyen en la formación de la identidad colectiva en la región, tal y como se verá más adelante.

III. EL PROCESO DEL MERCOSUR DESPUÉS DE 2003

Después de algunos años de un proceso de reaceramiento y de generación de confianza entre los gobiernos democráticos de

¹⁸ Charles Taylor, *Imaginario social moderno*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 37.

¹⁹ El debate agencia-estructura en las relaciones internacionales nos permite diseccionar los distintos enfoques teóricos y las disparidades entre ellos. Sin embargo, en este caso concreto no se entra en profundidad en estas disquisiciones, pero sí es pertinente señalar que aquí entendemos por estructura a la dimensión material e ideacional en la que se desarrolla la acción. Dicha estructura se constituye con base en las relaciones entre los propios actores (los culturiza y determina en cierta *doxa*, en términos de Bourdieu) y representa el campo en el que se interrelacionan los actores, cuyas acciones prácticas refuerzan, rechazan o resignifican los elementos materiales e ideacionales de dicha estructura. En todo caso, más adelante se explicará el uso del concepto de “estructura” sobre nuestro particular objeto de estudio.

Argentina y Brasil, encabezados por Raúl Alfonsín (1983-1989) y José Sarney (1985-1990) respectivamente, el Tratado del Mercosur fue firmado en Asunción en 1991 por Uruguay, Paraguay, Argentina y Brasil. A pesar de que se alcanzaron altos niveles de interdependencia –medidos en términos de flujos comerciales crecientes– y de que una incipiente comunidad de seguridad se erigió a lo largo de estos años noventa,²⁰ la crisis del Mercosur en 1999-2002 puso en riesgo todo el proceso de integración regional.²¹ La devaluación del *real* brasileño y la consiguiente crisis económica argentina se extendió a todos los ámbitos, incluyendo una crisis político-institucional (varios presidentes en el lapso de un par de semanas), una crisis socioeconómica (disturbios, desempleo y pérdida de ahorros) y una crisis de identidad (replanteamiento de los proyectos de desarrollo nacional y regional y cuestionamiento de los modelos de inserción internacional). Así, según fuentes de la CEPAL, durante los años noventa el comercio intrarregional creció continuamente desde 10 a 25% del comercio total de los países miembros; sin embargo, sólo desde 1999 hasta 2003 volvió a retroceder hasta poco más de 10%. En la última década se ha mantenido un crecimiento continuo del comercio intrarregional, aunque a tasas inferiores a las de los años noventa, en parte porque el patrón netamente exportador de materias primas de estos países han motivado que se estimule el comercio extrarregional, con que disminuye el intrarregional en términos relativos aunque sí haya crecido en términos absolutos.

Volviendo a la crisis regional del cambio de siglo, durante esos años algunos de los principales actores se manifestaron contrarios al propio proyecto regional, apostando por reducir el Mercosur a una mera área de libre comercio, tal y como propuso el entonces ministro argentino de economía y excanciller, Domingo Cavallo.

²⁰ Véase, entre otros, Andrea Oelsner, “Consensus and Governance in Mercosur: The Evolution of the South American Security Agenda”, *Security Dialogue*, núm. 40, 2009, pp. 191-212.

²¹ Para más sobre los orígenes y desarrollo del Mercosur, véase entre otros, Gian Luca Gardini, *The Origins of Mercosur: Democracy and Regionalization in South America*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010; o también: Olivier Dabène, *op. cit.*

Sin embargo, y quizás paradójicamente, esta crisis regional propició la ventana de oportunidad para intensificar algunos aspectos de la integración regional que habían sido secundarios durante el periodo de creciente interdependencia económica de los años noventa. Así, en aquellos años posteriores a esa crisis llegaron al poder presidentes que compartían una particular visión regional y que venían apoyados por grupos de la sociedad civil, como académicos y comunidades epistémicas:²² primeramente, Lula da Silva y Néstor Kirchner en enero y mayo de 2003 respectivamente; después, Tabaré Vázquez y su coalición del Frente Amplio en 2004 en Uruguay; y, finalmente, Fernando Lugo en Paraguay en 2008. En primer lugar, estos presidentes identificaron que las debilidades domésticas eran tan fuertes, que era más factible sobreponerse a ellas desde el plano regional. Un ejemplo visible es el de la presidencia argentina de Eduardo Duhalde (2002-2003), el cual antes de su asunción no había mostrado predilección por el proyecto regional, pero las circunstancias de debilidad doméstica y aislamiento internacional lo conminaron a un mayor acercamiento al resto de países del Mercosur.²³

Además, hay que apuntar que el relativo entendimiento que compartían estos presidentes en relación con el proceso regional y con la idoneidad de redefinir el Mercosur impulsó y dio lugar a una mayor identidad colectiva y a la idea de una región común como un primer escalón para actuar en la arena internacional. Así pues, ya fuera por necesidad política, o fuera por una reflexión sincera, los presidentes de los Estados miembros del Mercosur en estos años

²² Se entienden las comunidades epistémicas tal y como lo hace Peter Haas, quien las define como redes de profesionales de reconocido prestigio y experiencia en un determinado tema, lo que las hace idóneas para ser consultadas por los tomadores de decisiones. Citado en Andreas Hasenclever, Peter Mayer y Volker Rittberger, *Theories of International Regimes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 149. Por tanto, debido a su capacidad para influir en los tomadores de decisiones, las comunidades epistémicas se convierten en un importante motor de nuevas ideas.

²³ A título anecdótico y a fin de ahondar en este caso paradigmático, el propio Duhalde se vería abocado a acabar hablando en boca del proyecto regional, ya que ostentó la titularidad de la Comisión de Representantes Permanentes del Mercosur de 2003 a 2005.

(Néstor y Cristina Kirchner, 2003-2007 y 2007- respectivamente; Lula da Silva, 2003-2010; Tabaré Vázquez, 2005-2010, Fernando Lugo, 2008-2012) adoptaron medidas que no sólo no sumieron al regionalismo en una crisis, sino que lo revitalizaron con agendas más amplias y ambiciosas, introduciendo elementos sociopolíticos aparte de los eminentemente económico-comerciales.

El entendimiento bilateral entre Argentina y Brasil quedó ejemplificado por el Consenso de Buenos Aires en 2003, que postula una nueva agenda de prioridades entre las que se incluyen aspectos políticos (acercar la democracia a la ciudadanía y revertir el déficit democrático del Mercosur), económicos (fomento de un desarrollo igualitario) y sociales (énfasis en la educación).²⁴ En virtud de este consenso entre Kirchner y Lula, se recoge, por un lado, la idea de ampliar la agenda del Mercosur y configurar una verdadera redefinición del Mercosur. Y, por otro lado, se remarca la lógica identitaria que une a sus miembros y que les hace compartir valores y tradiciones, esto es, que les construye como pertenecientes a una misma sociedad de Estados, que se ven como socios para un futuro compartido y no como rivales ni enemigos.

²⁴ Al mismo tiempo, en este documento los presidentes de ambos países ratifican “nuestra profunda convicción de que el Mercosur no es sólo un bloque comercial sino que constituye un espacio catalizador de valores, tradiciones y futuro compartido. De tal modo, nuestros gobiernos se encuentran trabajando para fortalecerlo a través del perfeccionamiento de sus instituciones en los aspectos comerciales y políticos y de la incorporación de nuevos países”. Artículo 15 del Consenso de Buenos Aires, firmado en octubre de 2003 por los presidentes Néstor Kirchner y Lula da Silva. Disponible en <http://www.resdal.org/ultimos-documentos/consenso-bsas.html> Y, en esa misma dirección, también afirman que “entendemos que la integración regional constituye una opción estratégica para fortalecer la inserción de nuestros países en el mundo, aumentando su capacidad de negociación. Una mayor autonomía de decisión nos permitirá hacer frente más eficazmente a los movimientos desestabilizadores del capital financiero especulativo y a los intereses contrapuestos de los bloques más desarrollados, amplificando nuestra voz en los diversos foros y organismos multilaterales. En este sentido, [los presidentes] destacamos que la integración sudamericana debe ser promovida en el interés de todos, teniendo por objetivo la conformación de un modelo de desarrollo en el cual se asocian el crecimiento, la justicia social y la dignidad de los ciudadanos”. Artículo 16, *ibid.*

Aparte de esto, los socios menores, tanto Uruguay como Paraguay, pusieron el foco en la agenda regional, impulsando mecanismos para la reducción de las asimetrías (Fondo de Convergencia Estructural del Mercosur, FOCEM) y programas sociopolíticos para empoderar a los ciudadanos como parte activa de este proceso, tales como el programa Somos Mercosur. En virtud del FOCEM, Brasil y Argentina transfirieron una pequeña cantidad de dinero,²⁵ a Uruguay y Paraguay, constituyéndose en una suerte de mecanismo redistributivo a pesar de las propias carencias y bolsas de pobreza existentes en los dos socios mayores.²⁶ Este fondo se dirige principalmente a la mejora de las infraestructuras regionales, a estimular programas de complementación económica y a reducir las asimetrías regionales. Por tanto, aunque su impacto final sea limitado dado el escaso monto dispuesto por los países miembros, la racionalidad que subyace en este mecanismo de integración no es otra que la solidaridad regional, basada en la percepción de una identidad colectiva. Además, el programa Somos Mercosur, lanzado por el gobierno uruguayo de Tabaré Vázquez en 2005, aspiraba a dar un mayor rol a la sociedad civil en el proceso de integración. Con la intención de estrechar el vínculo entre los ciudadanos y los tomadores de decisión, este programa pretendía inculcar un sentimiento de pertenencia a un proyecto regional; o, dicho con otras palabras, pretendía que los ciudadanos de los países integrantes desarrollaran un sentimiento de identidad mercosureña.

No obstante, lo que probablemente nos muestra de forma más evidente el compromiso del proceso de integración regional con la identidad sociocultural es la emergencia de un Parlamento del Mercosur a partir de 2005. Una vez reconocido el déficit democrático

²⁵ Inicialmente se comprometió un monto total de cien millones de dólares, que en ocasiones ni siquiera fue totalmente desembolsado por problemas técnicos. Sin embargo, con el paso del tiempo las cantidades se han incrementado ligeramente y los primeros proyectos han empezado a terminarse y visibilizar su impacto sobre la sociedad.

²⁶ No se puede obviar el hecho de que Uruguay sea el más rico de los cuatro miembros en términos per cápita, ni el que a pesar de ello sea un receptor neto de los FOCEM. Al mismo tiempo, Brasil es el principal contribuyente a pesar de sus propias bolsas de pobreza en el ámbito doméstico.

que ostentaba el proyecto regional, los presidentes de los entonces cuatro Estados miembros decidieron crear un parlamento regional. Al optar por una elección directa de sus respectivas delegaciones para esta cámara, aspiraban a lograr un doble objetivo: *i)* hacer partícipes a los ciudadanos de los debates de ámbito regional y *ii)* crear un foro de deliberación sobre la agenda regional y las reivindicaciones ciudadanas. A pesar de ello, las iniciales aspiraciones deben ser balanceadas y contrastadas con los logros realmente satisfechos. En este sentido, aunque fue un importante paso en la dirección de fomentar una identidad colectiva más marcada, el Parlamento del Mercosur aún no está compuesto por representantes directamente elegidos por los ciudadanos, salvo en el caso de los parlamentarios paraguayos. Además, este parlamento no ostenta ninguna competencia ejecutiva ni decisional, sino una meramente deliberativa y la capacidad de enunciar recomendaciones políticas.²⁷

Más allá de los hechos arriba referidos y tendente a reforzar una creciente identidad colectiva mercosureña, también se pueden apuntar otros hechos que bloquearon avances regionales o que erosionaron cualquier aspiración de ser auto-percibido como integrante de la misma colectividad. El principal obstáculo acaecido en los últimos años fue el conflicto entre Argentina y Uruguay debido a las plantas de celulosa instaladas sobre el río Uruguay. Entre los años 2005 y 2010, esta disputa provocó fuertes controversias diplomáticas y enardeció, una vez más, las tensiones desde los intereses nacionalistas frente a hipotéticas aspiraciones regionales. Tras las infructuosas negociaciones entre los presidentes Néstor Kirchner y Tabaré Vázquez, la situación sólo se recondujo satisfactoriamente bajo las nuevas presidencias de Cristina Fernández y José Mujica. A pesar de que el conflicto pareciera que fue finalmente zanjado, las consecuencias para el proceso regional en términos de desconfianza y enemistad recíproca fueron especialmente acentuadas, tal y como podemos comprobar en la actualidad cuando reemerge este asunto como disputa a ambas orillas del río de la Plata. Además,

²⁷ Para más detalles sobre el proceso de redefinición del Mercosur y una mayor problematización de este proceso, véase Sergio Caballero Santos, “El proceso de integración regional del Mercosur...”.

más allá de las lógicas nacionalistas en ascenso en ambos países, se sumó otro elemento de crítica: la inactividad brasileña para resolver esta disputa, del que se esperaba que ejerciera su papel como líder regional y como *paymaster* del proceso de integración regional. Pero Brasil no se siente cómodo con la idea de ser presentado como hegemón regional y rechaza cualquier responsabilidad o pretensión de ser considerado un líder regional ni el *paymaster*. Lo que está por verse es la medida en la que Brasil actúa como líder regional de cara a proyectarse en el escenario internacional o cómo juega un papel estabilizador en conflictos intrarregionales a través de la Unasur; pero, a pesar de todo ello, desde Itamaraty²⁸ se sigue rechazando cualquier calificación que tenga reminiscencias con hegemonía, imperialismo subregional o *paymaster* de los costos de la integración regional.

Por último, el otro hecho relevante de los últimos años a reseñar –en este caso, un hecho que ha puesto de manifiesto la sintonía entre la mayoría de los presidentes, funcionando en una suerte de club de amigos y enfatizando la dimensión política por encima de la jurídica– ha sido la suspensión de Paraguay del Mercosur y de la Unasur tras la remoción del presidente paraguayo Fernando Lugo en junio de 2012. Esta suspensión *sui generis* fue, al mismo tiempo, aprovechada para formalizar la definitiva adhesión de Venezuela al Mercosur, que permanecía bloqueada por el Senado paraguayo desde hace varios años. Tras las recientes elecciones en Paraguay en abril de 2013, hasta ahora,²⁹ se prevé un pronto retorno pleno de Asunción a ambos mecanismos regionales en los próximos meses, pero lo relevante en este contexto es cómo, por encima de la institucionalidad, estos procesos de integración descansan sobre la voluntad política de los tomadores de decisiones y, en este caso concreto, sobre la percepción de sus pares como afines o no, esto es, como un club de amigos con los que compartir proyectos en común.

²⁸ El Palacio de Itamaraty, en Brasilia, es la sede del Ministerio de Exteriores de Brasil.

²⁹ Noviembre de 2013.

En este epígrafe se han intentado mostrar someramente elementos del proceso de integración del Mercosur en el que se ejemplifiquen las tensiones entre las dos lógicas en disputa que hemos visibilizado: el regionalismo y el nacionalismo. Así, hemos constatado que entre avances y retrocesos de este proceso, las ideas de proyecto común regional y las lealtades nacionales han estado en liza, primando más la una o la otra según la coyuntura y la propia voluntad política de los presidentes.

IV. IDENTIDAD COLECTIVA DE MERCOSUR

Sin necesidad de fijar una definición exhaustiva de qué entendemos por identidad colectiva regional, quizás sí sea útil apuntar cómo abordamos este concepto. Así, la identidad no sería algo establecido y fijo, sino que será algo procesual y, en cambio, concebirá más importante la proyección de “lo que queremos ser” que “lo que ya somos”. De hecho, esta dimensión volitiva es la que nos indica no sólo cómo se autoperciben los sujetos, sino cómo quieren “construirse a sí mismos”. Por tanto, la dimensión de la identidad entendida como autopercepción y como lealtades hacia ciertas ideas (sea ésta la nación, la región o cualquier otra) no estará ordenada de forma clara y estratificada, como veremos más adelante, sino entremezcladas y en permanente construcción y matización en función de las propias relaciones entre los sujetos. Lo cual, llevado a nuestro particular caso de estudio, significará que la interacción entre los distintos actores regionales moldearía las diferentes identidades y los proyectos políticos regionales serían susceptibles de proponer lo que estas sociedades quieren “llegar a ser”, esto es, si desean compartir una identidad colectiva regional.

Una vez aclarado ese punto de índole conceptual, retrotrayéndonos en la historia, el surgimiento de una identidad regional latinoamericana viene determinado por diversos factores.³⁰ En el caso

³⁰ Para una sugerente reflexión teórica a lo largo de la historia, véase Jorge Larraín, “La identidad latinoamericana. Teoría e historia”, *Estudios Públicos*, núm. 55, invierno de 1994.

concreto que aquí nos ocupa, el tocante al Mercosur, hay que destacar principalmente una historia común (conquista ibérica, emancipaciones en el siglo XIX, fuertes procesos de construcción nacional, proyectos unitarios contra la hegemonía estadounidense, regímenes militares), con valores compartidos (democracia, derechos humanos, inserción internacional con una voz regional, valores occidentales y cosmovisiones indígenas), puesta de manifiesto por actores y tomadores de decisiones a lo largo y ancho de la región. Y en los últimos lustros, tanto los presidentes de los Estados miembros como los portavoces de la sociedad civil (ilustrado por las cumbres sociales del Mercosur celebradas periódicamente desde 2006) y diversas comunidades epistémicas, sobre todo, las redes de académicos trabajando en y sobre la región desde los años ochenta, han mostrado sus esfuerzos y sinergias para intensificar y profundizar la integración regional.

En virtud de esto es habitual encontrar ciudadanos del espacio Mercosur que se perciben a sí mismos, al mismo tiempo, como nacionales de sus respectivos países y como miembros integrantes de un proyecto regional común.³¹ De hecho, en cierta medida podemos entender que se produce un tipo de identidades superpuestas. Esta idea de identidades solapadas sería, en parte, el equivalente a lo que se ha llamado “soberanía compartida” respecto de la relación político-jurídica entre el Estado nacional y el regionalismo. Para ser más preciso, aunque un Estado no delegue su soberanía nacional a una entidad supranacional, ese Estado puede alcanzar acuerdos y consensos con sus vecinos en ciertos ámbitos y puede decidir poner en común las decisiones sobre determinados asuntos. Así, de la misma manera, un ciudadano, sin rechazar ni negar sus sentimientos de pertenencia a su Estado nacional, puede al mismo tiempo incorporar activamente el proyecto regional

³¹ Afirmación sustentada por entrevistas directas del autor en distintos países del Mercosur y en varios periodos entre los años 2005 y 2012. También se pueden encontrar datos que apuntan en esa dirección en diferentes fuentes estadísticas y encuestas. Véase, por ejemplo, la relativa al sentimiento de vinculación al Mercosur recogida en Ángel García Santiago y Juan Carlos Zubieta Irún (coords.), “Los estereotipos nacionales de las poblaciones de los países del Mercosur y de España”, Santander, 2006, pp. 293-294.

como algo común y compartido con el resto de los ciudadanos de dicha región.

Volviendo a nuestro hilo conductor de la identidad colectiva, encontramos especialmente útil y sugerente el concepto que maneja Thomas Risse para el caso europeo: el ‘*marble cake*’. Este autor afirma que “la idea es que hay múltiples identidades anidadas o incrustadas más que cuidadosamente estratificadas”.³² Trayendo este concepto a nuestro razonamiento, la identidad colectiva en el Mercosur, podemos parafrasearle, y aducir que “el concepto del ‘*marble cake*’ afirma, por un lado, que hay mucha más [mercosureñidad] enraizada en las identidades nacionales, regionales u otras identidades colectivas que la que habitualmente es asumida. Y por otro lado, el significado de [Mercosur] puede diferir de forma notable en los diversos contextos nacional, subnacional y otros contextos”.³³

Por tanto, aunque pudiera ser discutible el grado alcanzado de identidad regional colectiva (en un *continuum* que se extendería desde una embrionaria identidad colectiva regional hasta una plenamente consolidada), lo que sí parece plausible es la existencia de una mayor *regionness*³⁴ de lo que comúnmente se tiende a admitir. Con ello, los discursos pro-integracionistas y las políticas regionales no serían sólo medidas “populistas” para obtener capital político y ganar elecciones, sino que al mismo tiempo propiciarían también las condiciones de posibilidad para legitimar ideas e intereses que coexisten en esas sociedades.

Sin embargo, sí es cierto que la idea de región común adquiere diferentes significados dependiendo de cada actor y, de forma más marcada, dependiendo de su nacionalidad. Así, simplificando

³² Thomas Risse, “Regionalism and Collective Identities: The European Experience”, documento para el taller: “El estado del debate contemporáneo en Relaciones Internacionales”, Buenos Aires, julio de 2000, p. 5.

³³ Thomas Risse, *ibid.*, p. 6.

³⁴ Estos autores establecen una clasificación en cinco niveles de *regionness*: *i*) espacio regional, *ii*) complejo regional, *iii*) sociedad regional, *iv*) comunidad regional y *v*) gobierno regional institucionalizado. Para más detalle, véase Björn Hettner y Fredrik Soderbaum, “Theorising Comparative Regionalism: Bridging Old Divides”, documento para ECPR Joint Session on “Comparative Regional Integration: Towards a Research Agenda”, Nicosia, abril de 2006, pp. 28-29.

y adoptando un trazo grueso, desde Brasil, para algunos³⁵ pareciera que la región se ha convertido en el trampolín para obtener el reconocimiento internacional como *global player*. En virtud de esta lógica, el compromiso con la región sólo sería algo instrumental, un medio para un fin más importante, la proyección internacional como un actor relevante en el escenario global. Otros³⁶ introducen algunos matices y señalan la capacidad de Brasil durante los gobiernos de Lula para contentar “modestamente” a los socios menos favorecidos, haciendo gala de un liderazgo basado en una hegemonía consensual, aunque en la práctica se constata cómo se disgregan su política exterior regional y la global. Quizás podemos adoptar una posición ecléctica³⁷ en la que se subraye la existencia de diversas lógicas entre los diplomáticos de Itamaraty y la voluntad (y la tensión) por parte de los tomadores de decisión de Brasil de tener un peso creciente tanto en la región como en el escenario internacional.

Por su parte, en el caso de Paraguay, como país mediterráneo sin acceso directo al mar, la región se ha convertido en la vía obligada para su inserción internacional en un mundo globalizado. Así, Paraguay está “condenado” a integrarse con sus vecinos, lo que explica su necesidad de volver a ser admitido en Mercosur (lógicamente, salvaguardando las formalidades para su pleno ingreso) tras ser suspendido a raíz de la remoción del presidente Fernando Lugo en junio de 2012.

En relación con Uruguay, el hecho de ser un pequeño país que comparte multitud de elementos socioculturales con sus dos grandes vecinos implica que los uruguayos necesiten auto-percibirse como en permanente interacción con la región, incluso aunque

³⁵ Véase Andrés Malamud, “A Leader Without Followers? The Growing Divergence between the Regional and Global Performance of Brazilian Foreign Policy”, *Latin American Politics and Society*, vol. 53, núm. 3, 2011, pp. 1-24.

³⁶ Véase Elodie Brun y Bruno Muxagato, “El proyecto internacional brasileño (2003-2010): Intenciones regionales y proyección global vía las relaciones Sur-Sur”, *Anuario Americanista Europeo*, núm. 10, 2012, pp. 91-116.

³⁷ En esta línea, nos adherimos a lo planteado en Sergio Caballero Santos, “Brasil y la región: una potencia emergente y la integración regional sudamericana”, *Revista Brasileña de Política Internacional (RBP)*, vol. 54, núm. 2, Brasilia, 2011.

hipotéticas alianzas económicas con socios extra-regionales (por ejemplo, un tratado de libre comercio con Estados Unidos, tal y como llegó a plantearse en 2006) pudieran ser recomendables si sólo se atendiera a elementos económico-comerciales. Y, por último, desde Argentina, Mercosur debe ser entendido como un medio para insertarse internacionalmente, lo cual conecta con su permanente búsqueda de autonomía en las relaciones internacionales, al mismo tiempo que el proyecto regional implica un futuro vinculado con la potente y emergente economía brasileña; y, por otra parte, supone el reforzamiento de un eje Buenos Aires-Brasilia que actúa como garante de la estabilidad regional.

V. EL PAPEL DE LOS ACTORES Y LA CAPACIDAD DE AGENCIA

Una vez abordada la identidad colectiva regional en el Mercosur, parece necesario intentar avizorar cómo se construye o, por lo menos, cuáles son algunos de los factores que la estimulan y/o constriñen. Para ello, nos remitimos al conocido debate en relaciones internacionales entre agencia y estructura.³⁸ A grandes rasgos lo podríamos plantear como sigue: no hay una solución fácil e incontrovertible sobre la tradicional lucha entre los proyectos unitarios y los nacionalismos latinoamericanos. Ambas tensiones aparecen integradas en sus estructuras y son promovidas o rechazadas por diversos agentes. Igualmente, aunque la agencia y la estructura son dos elementos diferentes, desde un enfoque constructivista ambos estarían interrelacionados y contruidos recíprocamente,

³⁸ Entre la abundante literatura sobre este tema, nos basamos en obras seminales de autores como Anthony Giddens y su teoría de la estructuración, estudios desde las relaciones internacionales como los de Alexander Wendt y Kenneth Waltz, reflexiones críticas neogramscianas como las de Andreas Bieler y Adam David Morton, e interpretaciones y relecturas de Bourdieu como la de Didier Bigo. Sin embargo, a modo de síntesis, reconocemos que parte de nuestra argumentación se sustenta en gran medida en lo dicho por Gastón Aín y Sergio Caballero Santos, "El debate agencia-estructura en las Relaciones Internacionales: voluntad política y limitaciones", documento presentado para el congreso del IPSA, Madrid, julio de 2012.

donde la dimensión dinámica y procesual sería fundamental para entender esta relación intersubjetiva. Los actores tienen capacidad de agencia al igual que tienen la voluntad de introducir cambios normativos. Sin embargo, éstos están limitados por las estructuras y por la capacidad real de los actores de persuadir a otros actores (por ejemplo al resto de la sociedad) e influir sobre ellos por medio de sus ideas. Y, además, dichas ideas se depositarían gradualmente, pero no de forma lineal ni estratificada, sobre las estructuras ideacionales que se desarrollan a lo largo de un proceso histórico de *longue durée*.

A título de ejemplo para aclarar esta interconexión reflexiva entre agencia y estructura, se puede presentar de forma sintética el caso del presidente brasileño Lula da Silva (2003-2011), con la finalidad de observar cómo la capacidad de agencia –en el caso que nos ocupa, los presidentes que impulsan y redefinen el proceso de integración regional– es un factor relevante para generar una identidad colectiva en la región. Mientras que reconocemos la limitación metodológica de centrarnos en un único actor, creemos que esta voluntaria simplificación puede arrojar luz sobre cómo se articula la identidad colectiva mercosureña. Así pues, partiendo del diseño histórico (estructura) de la diplomacia brasileña y de sus élites de convertir Brasil en un actor global relevante y jugar un papel mayor en el escenario internacional,³⁹ el compromiso personal del presidente Lula (agencia) con la región y con sus pares regionales motivó un acercamiento a Argentina con posterioridad a la crisis regional de 1999-2002, al mismo tiempo que fijó al Mercosur como prioridad principal de su política exterior.⁴⁰

³⁹ Para entender las grandes líneas de política exterior brasileña, véase Miriam Gomes Saraiva, “Brazilian Foreign Policy towards South America During Lula Administration: Caught between South America and Mercosur”, *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 53 (edición especial), 2010, pp. 151-168.

⁴⁰ “La más grande prioridad de política exterior durante mi gobierno será la construcción de una América del Sur políticamente estable, próspera y unida con base en ideas democráticas y de justicia social [...] Cuidaremos también las dimensiones social, cultural y científico-tecnológica del proceso de integración”. Discurso del presidente Lula en la toma de posesión en el Congreso Nacional, Brasilia, 1 de enero de 2003. Citado en Itamaraty, “Repertório de Política Externa: Posições do Brasil”, Brasilia, Funag, 2007, p. 39.

Además, la redefinición sociopolítica del Mercosur y el posterior surgimiento de la Unasur⁴¹ implicaron dotar de un nuevo significado a las relaciones intrarregionales, las cuales permearon el imaginario social brasileño y, por ende, el regional.⁴² Así, la capacidad de agencia del presidente Lula da Silva y su personal diseño de política exterior⁴³ habría tenido una importante relevancia para un mejor entendimiento y sintonía de los proyectos políticos para la integración regional y, al mismo tiempo, para una idea más profunda de una identidad colectiva regional. Pero, al mismo tiempo, estos hechos también estarían constreñidos y limitados por las aspiraciones brasileñas que forman parte de su propia estructura de desarrollo nacional, esto es, la idea de un Brasil que ejerce su liderazgo regional sutilmente como trampolín para convertirse en un *global player*.⁴⁴ Ahondando en esta idea, algunos sitúan el interés nacional brasileño como uno de los riesgos para la integración regional del Mercosur.⁴⁵

En última instancia, el entendimiento y la sintonía entre las distintas cosmovisiones de los tomadores de decisiones de la región determinan, en cierto modo, cómo las sociedades se perciben a sí

⁴¹ Primero, con la declaración de Cuzco de 2004, que dio lugar a la Comunidad Sudamericana de Naciones, y, más tarde, con los consensos emanados de la cumbre de Isla Margarita, que desembocaron en la creación de la Unión de Naciones Sudamericanas en 2008. Para más sobre la Unasur, véase José Antonio Sanahuja, "Post-Liberal Regionalism in South America: The Case of Unasur", *European University Institute Working Paper*, Florencia, febrero de 2012.

⁴² "Ratificamos nuestra profunda convicción de que el Mercosur no es solamente un bloque comercial, sino que, al contrario, constituye un espacio catalizador de valores, tradiciones y futuro compartido". Consenso de Buenos Aires firmado por los presidentes Lula y Kirchner, Buenos Aires, 16 octubre de 2003. Citado en Itamaraty, "Repertório de Política Externa: Posições do Brasil", Brasília, Funag, 2007, pp. 64-65.

⁴³ Para un detallado análisis de la política exterior específica durante los mandatos de Lula da Silva, véase el artículo escrito por su propio canciller: Celso Amorim, "Brazilian Foreign Policy under President Lula (2003-2010): An Overview", *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 53 (edición especial), 2010, pp. 214-240.

⁴⁴ Véase las notas 35-37.

⁴⁵ Véase Steen Fryba Christensen, "The Influence of Nationalism in Mercosur and in South America –Can the Regional Integration Project Survive?", *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 50, núm. 1, 2007, pp. 139-158.

mismas. En definitiva, esto condiciona la manera en que se forma la identidad colectiva regional. Y además de estos agentes que tienen la capacidad de moldear las identidades en sus sociedades, hay también estructuras relacionadas con la construcción nacional las cuales constriñen y dificultan las posibilidades de cambio. En otras palabras, los actores no actúan sobre una realidad vacía y aún por hacer, como si de una hoja en blanco se tratara, sino en unos contextos basados en relaciones preexistentes y, muchas veces, difícilmente moldeables. Estas estructuras, que concebimos en términos de *longue dureé*, varían muy lentamente. De hecho, la dimensión ideacional de las estructuras también juega un importante papel para dar forma y moldear la formación de la identidad colectiva.

VI. CONCLUSIONES

En este trabajo se ha presentado un enfoque de la formación de la identidad colectiva para el caso de un proceso de integración regional como el del Mercosur desde una visión próxima a los enfoques constructivistas de relaciones internacionales. Con base en los argumentos esgrimidos se puede aventurar alguna conclusión preliminar. En primer lugar, la más obvia es la constatación de la existencia de estas dos lógicas en pugna que perviven en el imaginario social latinoamericano desde hace dos siglos y que siguen moldeando las ideas de los tomadores de decisiones en la región. Asimismo, también podemos afirmar que hay más *mercosureñidad* de lo que normalmente se reconoce. Esto quiere decir que, aparte de las tensiones entre ambas narrativas –la de los proyectos nacionales y la de los regionales–, realmente existe una identidad colectiva mercosureña basada en ciertos logros, tales como el FOCEM y el Parlamento regional entre otros. A pesar de la frecuentemente aducida brecha entre el discurso y la realidad y también sobre los fallos y carencias institucionales, los avances y mejoras sociopolíticas en la región han sido palpables y la emergencia de una identidad regional coexistente con una nacional en cada uno de los Estados miembros se ha convertido en un *fait accompli*.

Y, finalmente, otro elemento que podemos extraer de lo arriba expuesto es la complejidad a la hora de diseccionar las diferentes identidades y lealtades que tenemos todos los sujetos. De hecho, la apuesta por el concepto del “*marble cake*” es consecuente con esta idea, ya que nos permite explicar cómo distintas –y a veces incluso opuestas– identidades funcionan de forma entrelazada y simultánea; y por tanto, nos permite desterrar simplificaciones que nos plantean la clara estratificación de dichas identidades como si los agentes pudieran decidir en cada momento bajo qué idea prefieren actuar. En definitiva, los agentes introducen ideas, en las que previamente han sido socializados, en los contextos sociales (estructuras) con la intención de producir cambios y dotar de normatividad a sus acciones (por ejemplo, estimular la integración regional), pero su éxito dependerá de las propias relaciones entre los distintos agentes. Así, este escenario deja el terreno de juego abierto para que sigan las pugnas entre diferentes visiones, nacionales y regionales, entre los proyectos políticos latinoamericanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aín, Gastón y Sergio Caballero Santos, “El debate agencia-estructura en las Relaciones Internacionales: voluntad política y limitaciones”, documento presentado para el congreso del IPSA, Madrid, julio de 2012.
- Amorim, Celso, “Brazilian Foreign Policy under President Lula (2003-2010): An Overview”, *Revista Brasileña de Política Internacional*, vol. 53 (edición especial), 2010, pp. 214-240.
- Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1982 [1968].
- Brun, Elodie y Bruno Muxagato, “El proyecto internacional brasileño (2003-2010): Intenciones regionales y proyección global vía las relaciones Sur-Sur”, *Anuario Americanista Europeo*, núm. 10, 2012, pp. 91-116.
- Caballero Santos, Sergio, “El proceso de integración regional del Mercosur: ¿qué papel juegan los factores ideacionales?”, *Editorial Académica Española*, abril de 2012.
- , “Brasil y la región: una potencia emergente y la integración

- regional sudamericana”, *Revista Brasileira de Política Internacional (RBPi)*, vol. 54, núm. 2, 2011.
- Dabène, Olivier, *The Politics of Regional Integration in Latin America: Theoretical and Comparative Explorations*, Londres, Palgrave Macmillan, 2009.
- De Almeida Medeiros, Marcelo y María Isabel Meunier Ferraz, “The Cognitive Dimension of Regional Integration in Latin America: What Does Neo-Bolivarianism Mean?”, documento para IPSA International Congress, São Paulo, febrero de 2011.
- Deutsch, Karl, *Análisis de las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Paidós, 1974 [1968].
- Fryba Christensen, Steen, “The Influence of Nationalism in Mercosur and in South America –Can the Regional Integration Project Survive?”, *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 50, núm. 1, 2007, pp. 139-158.
- García Santiago, Ángel y Juan Carlos Zubieta Irún (coords.), “Los estereotipos nacionales de las poblaciones de los países del Mercosur y de España”, Santander, 2006.
- Gardini, Gian Luca, *The Origins of Mercosur: Democracy and Regionalization in South America*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010.
- Gomes Saraiva, Miriam, “Brazilian Foreign Policy towards South America During Lula Administration: Caught between South America and Mercosur”, *Revista Brasileira de Política Internacional*, vol. 53 (edición especial), 2010, pp. 151-168.
- Gómez Mera, Laura, “Explaining Mercosur’s Survival: Strategic Sources of Argentine-Brazilian Convergence”, *Journal of Latin American Studies*, núm. 37, 2005, pp. 109-140.
- Hasenclever, Andreas, Peter Mayer y Volker Rittberger, *Theories of International Regimes*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- Hettne, Björn y Fredrik Soderbaum, “Theorising Comparative Regionalism: Bridging Old Divides”, *Paper for ECPR Joint Session on “Comparative Regional Integration: Towards a Research Agenda”*, Nicosia, abril de 2006.
- Itamaraty, “Repertório de Política Externa: Posições do Brasil”, Brasília, Funag, 2007.
- Larraín, Jorge, “La identidad latinoamericana. Teoría e historia”, *Estudios Públicos*, núm. 55, invierno de 1994.
- Malamud, Andrés, “A Leader Without Followers? The Growing Divergence between the Regional and Global Performance of Brazilian

- Foreign Policy”, *Latin American Politics and Society*, vol. 53, núm. 3, 2011, pp. 1-24.
- Oelsner, Andrea, “Consensus and Governance in Mercosur: The Evolution of the South American Security Agenda”, *Security Dialogue*, núm. 40, 2009, pp. 191-212.
- Risse, Thomas, “Regionalism and Collective Identities: The European Experience”, documento para el taller “El estado del debate contemporáneo en Relaciones Internacionales”, Buenos Aires, julio de 2000.
- Rivarola Puntigliano, Andrés, “‘Geopolitics of Integration’ and the Imagination of South America”, *Geopolitics*, vol. 16, núm. 4, 2011, pp. 846-864.
- Sanahuja, José Antonio, “Post-Liberal Regionalism in South America: The Case of Unasur”, *European University Institute Working Paper*, Florencia, febrero de 2012.
- Taylor, Charles, *Imaginarios sociales modernos*, Barcelona, Paidós, 2006.
- Wendt, Alexander, “Collective Identity Formation and the International State”, *American Political Science Review*, vol. 88, núm. 2, junio de 1994, pp. 384-396.